

NEW LEFT REVIEW 87

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2014

ENTREVISTA

VOLODYMYR ISHCENKO Las fracturas de Ucrania 7

ARTÍCULOS

WOLFGANG STREECK ¿Cómo terminará el capitalismo? 38
AMINATA TRAORÉ Y
BOUBACAR BORIS DIOP Imposturas africanas 69
SEAN STARRS La quimera de la convergencia 84
JOSÉ EMILIO BURUCÚA Y
NICOLÁS KWIATKOWSKI El doble ausente 101
SVEN LÜTTICKEN Sobre la Revolución Cultural 119

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Orwell *forever* 137
ROBIN BLACKBURN La cañonera del abolicionismo 149
BARRY SCHWABSKY Términos de disparidad 161

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Rob Colls, *George Orwell: English Rebel*,
Oxford University Press, Oxford, 2013, 330 pp.

FRANCIS MULHERN

FOREVER ORWELL

Eric Blair empezó adoptando el nombre del santo patrón inglés y terminó asumiendo ese papel. 1984, cuando finalmente llegó, fue el año de San George. Dicho de esta manera se corre el riesgo de menospreciar la magnitud de la fama de Orwell, su aceptación a escala mundial y el poder de talismán que ha tenido su nombre desde su muerte en 1950, a la edad de 46 años. Pero en cambio se pone el acento en algo que se ha dicho mucho sobre él, normalmente en tono admirativo o empático: que para él ser inglés no era únicamente una procedencia entre otras, sino una piedra de toque, un asunto de constitución moral. En esta línea, el retrato intelectual de Rob Colls, *George Orwell: English Rebel*, se une a un corpus crítico ya sustancial: en su introducción cita unos veinte predecesores, que a su vez son solo un subgrupo de un corpus mucho mayor dedicado al hombre, a su obra y a su suerte posterior. En lo que Colls difiere de todos ellos es en su interés particular por su «inglesidad», que ha sido su especialidad como historiador en los últimos treinta años. Ese aspecto ha sido también muy trabajado y el resultado es un libro de evidente erudición, en el que más de una cuarta parte de su extensión se dedica al aparato académico. Es también, dentro de su esquema cronológico sencillo, un libro digresivo, que en un momento dado explora algún aspecto de la situación general para luego detenerse en alguna circunstancia o consideración, como si quisiera encontrar un hueco para todo. Colls se mantiene fiel a su concepción general de la inglesidad como una formación histórica: el título de su obra principal sobre este tema,

una ágil discusión que abarca desde la Edad Media hasta el presente, es un epítome incómodo y elocuente de su postura. *Identity of England* (2002) encuentra su forma mediante la negación de expresiones más obvias y armoniosas con las que se podría haber encabezado el libro: omite el artículo *The...* que le daría un carácter esencialista o estipulativo, a la vez que evita un plural facilón y evasivo o la engañosa tranquilidad que expresaría *English Identity*. El carácter nacional es un singular, no un plural y, aun así, es indeterminado y cambiante. La interpretación que hace Colls de Orwell coincide con esto. «No digo que la inglesidad sea la clave de Orwell [...]. No hay “clave” de Orwell», escribe en su introducción, «puesto que no es una “caja” que haya que abrir». Pero, después, en una frase de despedida, cuya forma y emplazamiento merece la pena que ahora señalemos para un estudio posterior, dice: «Su inglesidad, sin embargo, merece la pena rastrearse».

Esta es la óptica a través de la cual Colls repasa la trayectoria ya familiar de la vida de Orwell: la escolarización privada y el servicio en la Policía Imperial India (1922-1928), el rechazo del Imperio y el regreso a Inglaterra con la ambición de convertirse en escritor; la vida precaria en París, su trabajo recogiendo lúpulo y el vagabundeo por el sur de Inglaterra, el modo en que un «*tory* anarquista a su manera» descubre a los pobres (1928-1931), las primeras novelas y el decisivo encuentro con la clase obrera del norte de Inglaterra (1932-1936), la lucha por el socialismo en España, la lucha en casa contra el fascismo, el estalinismo y la guerra (1937-1939), el heraldo del patriotismo revolucionario (1940-1943), el fabulador de la traición política (1943-1950). El punto de inflexión de esta secuencia se sitúa en 1936, y se traduce en que, tal y como lo lee Colls, durante los dos meses de trabajo de campo previos a la publicación del encargo que se convertiría en *The Road to Wigan Pier*, Orwell, «por primera vez en su vida, encontró una Inglaterra en la que podía creer», una inglesidad popular, proletaria que, de ahora en adelante, le serviría como estímulo político y como una piedra de toque y que inspiraría su defensa del patriotismo revolucionario en tiempos de guerra.

La prueba de la inglesidad se aplica en dos sentidos. A Orwell le sirvió para justificar la incansable campaña que emprendió contra *la intelligentsia* de izquierdas, a quien retrataba como una panda de excéntricos grotescos y desenraizados con una debilidad fatal por la abstracción y la doctrina programada, presas fáciles de la propaganda soviética y nihilistas en su actitud hacia las instituciones inglesas. Colls transmite estos temas con una actitud afín, tan despreciativa como la de Orwell, aunque no tan inventivamente insultante en su rapapolvo a las abstracciones, sistemas, «escuadras y ecuaciones» y dogmas que se afirman sin tener en cuenta la experiencia personal y todo lo que «razonablemente se puede suponer que sea la cuestión»: todo lo que le sugiere la palabra «ideología». Sin embargo, Colls da un paso más y le aplica la prueba al propio Orwell. El «ridículo» antiintelectualismo del escritor era,

en su opinión y al menos en parte, una proyección de los sentimientos de desarraigo que Orwell reconocía y temía en sí mismo. El personaje de Gordon Comstock, de *Keep the Aspidistra Flying*, de 1935, el año anterior al viaje al norte, puede leerse como una apreciación burlona de Eric Blair, el escritor, por parte de George Orwell. El potente atractivo de la inglesidad que encontró en la clase obrera de Lancastershire y Yorkshire radicaba en su promesa de pertenencia. Pero esa inglesidad se sustentaba y se articulaba mediante la forma organizativa y la cultura del movimiento obrero, sus sindicatos y su partido, objetos que, hasta finales de la década de 1930, no parecían figurar en las percepciones y razonamientos políticos de Orwell.

El meridiano político de Colls es 1945. Admite la ineficacia del laborismo en los últimos años de la década de 1920 y durante la de 1930, rechaza su política puramente de gestos hacia la Guerra Civil española y tiene palabras muy duras sobre el partido en los momentos actuales; pero la senda ascendente que traza, desde la promulgación del *Immediate Programme* en 1937, pasando por la radicalización popular de los tiempos bélicos hasta la victoria aplastante en el primer verano de la paz europea, es numinoso. La visión de Orwell era muy diferente. Colls ha decidido ignorarla, pero *The Road to Wigan Pier* concluye con una llamada para la formación de un movimiento socialista popular basado en un concepto extenso de clase obrera (que incluya los oficios no manuales) y que esté preparado para recurrir a la violencia «revolucionaria» en la lucha contra el fascismo, que Orwell consideraba una potencialidad inherente al capitalismo industrial. Su lema principal, «Giustizia e libertà», se hacía eco, tal vez no por accidente, del nombre de la organización de resistencia italiana dirigida por Carlo Rosselli, el teórico del «socialismo liberal» y, poco después, voluntario de las milicias anarquistas en España. Era un esquema ecléctico, que venía precedido de la filípica de Orwell contra los intelectuales de izquierda, y que era deudora en gran medida de su experiencia en los círculos marxistas del Independent Labour Party, en los que se había movido durante varios años. Sin duda hubo evaluaciones más juiciosas sobre las posibilidades inminentes, pero esta destaca como una vívida muestra de la distancia imaginativa entre Orwell y la esfera de pensamiento oficial del Partido Laborista.

De la misma manera, Colls tiene una actitud que le cualifica para transmitir el periodo español de Orwell, tanto de la contienda misma como del polémico episodio que siguió a esta en Londres, incluyendo *Homage to Catalonia*. Odia la Comintern de Stalin casi tanto como llegó a odiarla Orwell, pero no siente simpatías políticas por las milicias revolucionarias del POUM. Aplauda los logros del ejército centralizado de Rojo y, desafiando la afirmación de Orwell de que la República se estaba volviendo «fascista» en su ataque difamatorio y brutal a la izquierda revolucionaria, defiende al Gobierno de Negrín por su realismo y competencia en circunstancias

desesperadas. Orwell finalmente reconsideró la tesis del POUM de que la defensa de la revolución española era una condición necesaria para ganar la guerra, pero lo hizo únicamente después de un periodo de varios años, durante los cuales, en absoluto contraste, la sostuvo como una verdad que podía aplicarse extensamente, entendiéndolo, en palabras de Colls, las «lecciones españolas como lecciones inglesas». Lo que significa, más bien, que los errores extranjeros provocaron los errores nativos, en tanto Orwell, el antifascista, persistió en su creencia de que la guerra europea que ahora amenazaba, como la guerra que había acontecido veintiún años antes, sería un conflicto estrictamente interimperialista, al que la izquierda debía oponerse por principio.

Llegó la guerra; Orwell dimitió del Independent Labour Party y se presentó voluntario para el servicio activo, asumiendo posteriormente un papel en el Home Guard y en la Sección India del Servicio Imperial de la BBC. La incompatibilidad de los impulsos de los últimos dos años ahora se resolvía, nos dice Colls; «la gran reconciliación de Orwell con Inglaterra, su Inglaterra» había comenzado en Wigan en 1936 y pronto sería completa. La obra definitoria de este periodo es *The Lion and the Unicorn: Socialism and the English Genius*, que reinventaba la estrategia del POUM sobre el terreno de los esfuerzos de guerra nacionales, argumentando que solo una revolución socialista podría compensar las debilidades del capitalismo y de la elite política británica, creando así las condiciones psicológicas y materiales para vencer en la lucha contra el fascismo. La gran diferencia en este caso era la centralidad de la idea y de la imaginaria de la nacionalidad. Los ingleses eran una familia, pero una en la que «el control lo tenían los miembros equivocados», escribía Orwell. La revolución sería «fundamental», empujaría mucho más allá de lo que él llamaba el «reformismo tímido» del Partido Laborista, pero no por ello sería menos inglesa en sus medios y resultados. Pues Inglaterra siempre es Inglaterra y nunca Gran Bretaña, en las propias palabras de Orwell, «un animal eterno que se estira hacia el futuro y el pasado y que, como todas las cosas vivas, tiene el poder de cambiar hasta quedar irreconocible y, aun así, seguir siendo el mismo». Colls expresa su cálida admiración por la afirmación de Orwell del tema nacional, pero rápidamente cuela una defensa a favor del Parlamento de Westminster por su papel a la hora de propulsar el programa revolucionario e igualmente defiende que Orwell fue un partidario del Gobierno de Attlee hasta el fin de sus días.

El momento culminante duró poco. A finales de la década de 1940, y sería muy defendible que incluso antes, las preocupaciones inglesas de Orwell habían sido enterradas por la política internacional, por encima de todo, por la nueva geopolítica de la Guerra Fría. En esto, más que en otros aspectos, Orwell estaba sin duda en sintonía con el Gobierno laborista, secundando la política exterior de Bevin y llegando tan lejos como para ofrecer a la unidad

de propaganda del Foreign Office (en secreto) el beneficio de sus valoraciones políticas sobre sus colegas escritores. El anticomunismo había sido una constante del pensamiento político de Orwell desde 1935 (la fecha es suya) y ahora asumía un significado objetivo nuevo e ineludible. Fuera lo que fuera que hubiera pretendido hacer Orwell, y por muy desalentador que fuera el resultado, esta fue la coyuntura en la que se publicaron tanto *Animal Farm* (1945) como *Nineteen Eighty-Four* (1949). La primera de las dos novelas, en la lectura de Colls, ofrece una evaluación radicalmente pesimista tanto de la clase obrera tradicional como de la nueva clase media, de los profesores, técnicos, periodistas y otros obreros no manuales que habían jugado un papel central en la visión de Orwell de un bloque socialista popular. Su fábula animal no dice por qué los animales permiten que se les roben sus ganancias o por qué los cerdos actúan como actúan. Su desarrollo implica que es un designio de la naturaleza. Esta sátira sobre la revolución rusa, como la describió Orwell en una ocasión, se posiciona también, según el juicio de Colls, «en contra de las revoluciones en general». En cuanto a *Nineteen Eighty-Four* podría decirse que proyecta los resultados de una revolución en particular, la que se anuncia en *The Lion and the Unicorn*. La novela «imagina el fin de Inglaterra»: el nombre, la historia, la identidad y el idioma. Lo que sobrevive de la inglesidad se encuentra entre los prolos, de quienes, sin embargo, el partido se ha abstraído ahora por completo, creando una realidad paralela. El personaje de O'Brien se lleva intelectualmente a su extremo antiinglés de «absurdo solipsista idealista». Colls no llega a decir tanto, pero la inferencia que se puede trazar es que, en último término, la oposición fundamental en la imaginación política de Orwell era Inglaterra versus Comunismo. Especulando sobre los futuros que el novelista de *Nineteen Eighty-Four* no vivió para definir por sí mismo, escribe: «Hay señales de que se habría convertido en un guerrero de la Guerra Fría». En 1949, las señales decían que ya lo era.

Orwell es un objeto de estudio crítico complicado. Los problemas habituales de equilibrio y exactitud se vuelven más agudos en su caso, en parte por sus propios y discutibles hábitos críticos, que incluyen un arraigado reflejo contrariador que no debería idealizarse, y por sus muchos cambios de opinión; y también, en igual medida, por la gravedad histórica de las situaciones en las que se encontró en momentos decisivos de su vida y el destino de las causas que abrazó o combatió. Visto desde una determinada óptica, «George Orwell» ha sido durante mucho tiempo un fardo de tópicos convencionales, un repertorio de piezas de época esperando su siguiente puesta en escena. Robert Colls reconoce todas estas dificultades y las convierte en los principios de su procedimiento histórico. «Casi todas las afirmaciones generales sobre quién o qué era [Orwell] pueden emparejarse con afirmaciones iguales y opuestas», escribe. «Con todos sus dones de claridad y precisión, y a pesar de toda su seriedad, es difícil de clasificar, es un escritor que sostuvo muchos

puntos de vista, algunos dos veces». El imperativo crítico, por lo tanto, no es reducirlo o totalizarlo, sino asumir a Orwell en su conjunto, con todas sus contradicciones, y tomárselo «paso a paso». Así, Colls repasa todo lo que Orwell, «en el fondo un literato y *liberty man*», tenía en común con las tradiciones del liberalismo, aunque no fuera «realmente un liberal». Considera los gustos y reflejos del joven que se presentó en la revista *Adelphi* como un «anarquista *tory*» y quien, en opinión de muchos de sus amigos y conocidos, nunca llegó a ser completamente otra cosa. Traza las paradojas del intelectual que escribió con fobia acerca de la *intelligentsia*, del hijo autoexiliado de la clase media alta que «nunca llegó a dejar Eton del todo», del «protestante sin Dios» que reflexionaba sobre la importancia de una falta general de creencia en la inmortalidad personal y, sobre todo, del socialista que descargó la mayor parte de su munición polémica en contra de la izquierda. Orwell era todo eso, insiste Colls. No se puede encontrar una postura política coherente en su obra, solo políticas de «una época, un lugar y una convicción».

La argumentación de Colls está plagada de juicios, los suyos y los de Orwell, y se muestra hostil a las resoluciones habituales de las tensiones que reconstruye. Por el contrario, su procedimiento parece diseñado para dificultar la interacción crítica y lectora. Un libro que se mueve paso a paso, en una especie de parataxis, se arriesga a perder en consistencia y proporciones generales lo que gana en efecto local. Hay momentos en *George Orwell: English Rebel*, en los que parece que sus afirmaciones tienen una vida muy breve, tan dependientes del contexto como son, según el autor, las posiciones políticas de Orwell. Los resultados del debate son desiguales. Colls rebosa de conocimientos e informaciones sobre la escritura de Orwell pero, en momentos decisivos, se atreve a desafiar sus propios informes («¿Dónde estaría yo sin mis prejuicios?», se pregunta, en un momento autoindulgente. Y la respuesta que nadie le ha pedido es «en algún otro lugar»). Su indudable complacencia en su propia elocuencia le conduce demasiado a menudo a giros en los que la claridad y el equilibrio de juicio, o incluso el sentido, juegan un papel secundario frente a una frase ostentosamente equilibrada. (Un ejemplo, entre muchos: «La vieja izquierda nunca pudo perdonar a Orwell por estar tan equivocado y la nueva izquierda nunca pudo perdonarle por tener tanta razón»). El criterio al que aspira para leer a Orwell se queda en suspenso cuando se vuelca en la teoría marxista, en pasajes que son sencillamente indignos de lo mejor de este libro. (Y sin duda alguien, si no el autor, al menos un amigo o un editor, debería haber sabido que el revolucionario Victor Serge no era un «disidente conservador», que Ignazio Silone era italiano, no eslavo, que Maurice Merleau-Ponty no era estalinista y que Jürgen Habermas, nacido en 1929, difícilmente habría sido el mentor de la «nueva sociología marxista de la década de 1930».) Más importante para el libro en su conjunto, sin embargo, es que el procedimiento favorito de Colls es un argumento sustantivo en sí mismo, cuyo propósito no

es meramente reconocer las contradicciones presentes en Orwell, sino ponerlas en valor. El procedimiento es la tesis, que a su vez requiere una retórica a su servicio. La frase con la que finaliza la introducción lo ilustra, representando la principal pretensión del libro como si fuera una idea tardía tentativa, un mero calificativo: una vez más, «sin embargo, merece la pena seguir su inglesidad». Las primeras frases ofrecen un segundo ejemplo: «George Orwell era lo que se solía llamar un “socialista”. Compartía también algunas de las actitudes ante la vida que se solían denominar *toy*». «Estas» aún se llaman así y todavía están ahí, la verdad, pero en esta curiosa obertura el hábito de nombrar y de clasificar se interrumpe momentáneamente, como si se sintiera desafiado, y esa es la cuestión. Se trata de una retórica cuyo propósito central es desarmar.

Las maneras de Colls podrían considerarse prudentes, dubitativas, tentativas y, sin duda, son preferibles al estilo «ideológico» al que reprende tan abundantemente. «Por otro lado» es el astuto subtítulo que abre su capítulo final. Pero, alternativamente, se podría considerar como metódicamente elusivo, como una obra de evasión deliberada. Colls protege a Orwell, en un sentido especializado. Él critica su objeto de estudio con bastante libertad y no censura, pero adopta una actitud irritada y superficial en sus concesiones cuando se enfrenta a las críticas más severas de los demás, especialmente de las feministas. Pero a lo que se resiste, como una cuestión previa no negociable, es a cualquier intento de clasificación, cualquier gesto crítico que busque alcanzar una conclusión, trazar una línea o indicar un orden y, al hacer esto, limita el juego «del otro lado». El Orwell de Colls no puede «realmente» ser ninguno de los seres culturales o políticos que fue o que aparentaba ser. Debe conservar su infinita variedad o, podríamos decir, cambiar mientras sigue siendo el mismo, como el animal eterno de *The Lion and the Unicorn*. Este Orwell no es simplemente inglés: es la inglesidad misma.

Este Orwell ha llegado a «escuchar a Inglaterra», a «creer en el pueblo», la clase obrera, y Colls se esfuerza mucho en moderar tales diferencias de implicación, como las que podría haber entre el carácter de esta creencia y el que se representaba en el Gobierno de 1945. Minimiza los desacuerdos y decepciones políticas de Orwell y prefiere enfatizar su continuo apoyo crítico al Gobierno laborista (una posición que compartiría con la mayoría de la izquierda marxista), y trata de ensombrecer la diferencia cualitativa entre su programa de acción de 1941, que pedía la nacionalización general de la propiedad capitalista y una reducción radical del diferencial de ingresos, y las medidas limitadas de los años de Attlee, de los que habla como «la revolución de Orwell hecha realidad». El socialista que emerge de esta controlada representación era, en la frase reverberante de Colls, un «laborista», comprensivo en casa, alerta y preparado en el extranjero, frente a una imaginaria amenaza comunista.

De hecho, esta sería una conclusión suficientemente banal si no fuera por el *pathos* de una muerte lenta y temprana y el estatus oracular que sobrevino con la publicación de *Nineteen Eighty-Four*, pues es fácil olvidar lo alejado que Orwell estaba de los típicos intelectuales literarios ingleses de su época. Aunque nunca fue el esteta estereotipado de la década de 1920, su admiración ferviente y masoquista por el *Ulises* de James Joyce nos revela a alguien agudamente consciente de las potencialidades no explotadas de la forma literaria. Su pasión política más temprana fue su repugnancia por el Imperio, y ahí siguió el camino que habían abierto Leonard Woolf y E. M. Forster, cuya novela *A Passage to India* se publicó durante su estancia en Birmania. Las cuestiones sociales se trasladan al centro de sus preocupaciones mientras las economías capitalistas se desplomaban, inspirando las exploraciones que conformaban *Down and Out in Paris and London* («visitas barriobajeras» era el nombre despectivo que Q. D. Leavis daba a este género). Las legendarias preocupaciones de la literaria década de 1930, que asociamos con los nombres de W. H. Auden y Stephen Spender entre muchos otros menos conocidos, eran la pobreza, el paro, la amenaza del fascismo y de otra guerra europea, y todo ello contribuía a un giro más o menos pronunciado a la izquierda y a un espíritu de resistencia que se aglutina en la campaña por la defensa de la España republicana.

Con el posterior estallido de la guerra y la crisis militar de la década de 1940, comienza la labor, perseguida de distintas maneras, emprendida de distintas maneras, de crear un nuevo consenso social patriótico, en apoyo de lo que ahora se celebraba como «guerra popular», para reconstruir Gran Bretaña, una labor en la que los escritores que ahora se reunían en el Departamento de Conferencias de la BBC asumieron el papel representativo que antaño se había asignado a los Poetas de los Años Treinta. La Segunda Guerra Mundial llegó a su fin o, más bien, «se detuvo en seco en medio de Europa», nos cuenta Colls, sin «un claro ganador», un juicio extraordinario en un conflicto en el que el Eje había sufrido una «clara» derrota, pero, a su manera, una repetición verbal de lo que realmente ocurrió cuando los claros ganadores se revolviéron para enfrentarse a sus aliados soviéticos, cuya supervivencia, parece decir Colls, no estaba entre los resultados deseados por las potencias imperialistas victoriosas. Ahora comenzaba la lucha contra el comunismo «totalitario» y una movilización intelectual sin precedentes, que se prolongó durante décadas, a medida que la CIA financiaba a las denominadas izquierdas no comunistas en el Congreso Internacional por la Libertad Cultural y en periódicos como *Encounter*, publicado en Londres. El principal pelele intelectual en este caso particular, nos revelarían un día, fue el poeta emblemático de los comunistas de la década de 1930, Stephen Spender. Pero el héroe del momento fue el autor de *Nineteen Eighty-Four*, quien, de hecho, había escrito previamente el papel de su personaje, en su ensayo sobre Dickens:

Hasta nuestros días, para el inglés medio, la Revolución francesa evoca poco más que una pirámide de cabezas cortadas. Es extraño que Dickens, mucho más partidario de las ideas de la Revolución que la mayoría de los ingleses de su época, haya jugado un papel tan importante a la hora de crear esta impresión.

Encuadrado en las sucesivas coyunturas político-intelectuales generales de su carrera como escritor, encuadrado en planos generales o medios, Orwell no era en absoluto la voz solitaria de la leyenda. Los primeros planos son engañosos. Pero aunque, a su modo, era típico, ese modo suyo no era habitual. Su distinción era su extremismo. Educado para ser un leal funcionario, se enroló para vigilar el puesto fronterizo más lejano y menos estabilizado del Imperio indio. De vuelta en Inglaterra, preocupado ahora por aprender más sobre la mayoría social de la que le habían mantenido en cuarentena cuando niño, se hizo «nativo en su propio país» (en las famosas palabras de V. S. Pritchett), insistiendo en el contacto directo con lo más pobre y menos seguro, con los invisibles y los rechazados. Para él, la oposición al fascismo, que compartía con muchos miles de personas, intelectuales o no, significaba irse a España pocos días después de terminar *Wigan Pier*, no como periodista, sino para luchar y matar a los enemigos políticos. Al reflexionar sobre las necesidades y potencialidades de una guerra popular contra Hitler, radicalizó los cánones de los frentes populares de inspiración comunista para pedir un programa que fundiera la unidad patriótica con el derrocamiento de una clase dirigente en bancarota, así como del sistema de propiedad que esta defendía. Tenía sus buenas razones para impacientarse con el marxismo oficial (más allá y por encima de su rechazo romántico de toda abstracción excepto la suya) y de rechazar la política y la cultura de la dictadura del partido ruso y de su regimentada Internacional. Había llegado a tener sus razones personales para odiar y temer a los sicarios de Stalin. Pero su última novela superaba todo esto en su visión de una casta burocrática colectivista autopropulsada psicóticamente hacia la perfección de su propia norma, en la que, en palabras de Colls, «el objeto del poder es el poder y el objeto del asesinato es el asesinato».

Este extremismo se acompaña de sus constantes temáticas. Una de ellas, tal vez sorprendente en alguien capaz de un activismo impulsivo, era una convicción imaginativa de un probable fracaso. Orwell podía afirmar la posibilidad de una transformación liberadora en sus recuerdos de la Barcelona revolucionaria o sus proyectos de una Inglaterra socialista, pero todas y cada una de sus seis novelas narran el fracaso de un intento de plenitud o de liberación, ya sea pública o privada, individual o colectiva, temporal o permanente. Otro rasgo asociado de su escritura es una vena sadomasoquista. Este es un tema delicado en círculos orwellianos y las concesiones de Colls en el asunto son ambivalentes. Cuando escribe, en un aparte malhumorado, que

su protagonista no necesitaba a Isaak Deutscher para que le dijera cómo ser «trotskista», se refiere presumiblemente a un ensayo sobre *Nineteen Eighty-Four*, fechado en 1954, en el que el marxista polaco, antaño colega en el periódico *The Observer*, dice de hecho relativamente poco sobre Trotski, pero mucho más sobre la «mística de la crueldad» de Orwell, sobre esa gran abstracción del «hambre de poder» que le sirvió como llave maestra para entrar en la historia moderna. «Si quieres una imagen del futuro», escribió Orwell, «imagina una bota pateando una cara humana, para siempre». Esto no puede desdeñarse simplemente como una afirmación interna en el mundo inventado de Ingsoc. Había sido pergeñada una década antes, en la última de las novelas de la década de 1930, *Coming up for Air*. El protagonista, otro George, ha estado en una charla política:

Vi la visión que él veía... Lo que él decía era simplemente que Hitler va a por nosotros y que todos debemos unirnos y odiarlo en condiciones [...]. Pero lo que ve es algo muy diferente. Es una imagen de sí mismo aplastando las caras de la gente con una llave inglesa. Caras fascistas, por supuesto. Yo sé qué es lo que él ve. Es lo que yo vi durante el segundo o los dos segundos que estuve en su interior. ¡Zas! ¡En toda la cara! Los huesos se quiebran como la cáscara de un huevo y lo que hace un minuto era una cara es ahora un gran pedo de mermelada de fresa. ¡Zas! ¡Ahí va otra!

El acontecimiento no es una concentración de la Semana del Odio, es un debate sobre antifascismo en la reunión local del Left Book Club. La irrupción de esta fantasía de extremada violencia es gratuita y, posiblemente, sintomática, y sugiere una compulsión que en parte conformaría la visión política del último Orwell, con su radical separación del poder de las relaciones de propiedad.

La convicción de una posible derrota es otra presencia conformadora —que en este caso adopta la forma de la próxima extinción de la inglesidad— que había sido durante mucho tiempo, o tal vez desde siempre, el criterio de la evaluación moral de Orwell. Colls acierta al otorgar un papel crucial a la cuestión de la identidad nacional en la constitución de Orwell y, precisamente por esa razón parece adecuada una duda crítica. ¿Pudiera ser que «en un principio, Orwell no tuviera demasiada inglesidad como para creer en ella»? Pudiera ser, por el contrario, que tuviera un exceso de ella. El joven Blair era un hijo del colonialismo por ambos lados, ya que en la familia había un alto funcionario, un comerciante de madera, un misionero en la India y un dueño de esclavos en el Caribe. Él mismo nació en Bengala. A los ocho años entró en la privilegiada red inglesa de escuelas preparatorias y las exclusivas *public schools* de la época, en las que el régimen incluía entrenamiento militar, y continuó en ellas hasta que se fue a Birmania, otro Blair al servicio del Raj. Fue sin duda una educación de clase media alta, que implicaba formas estrictas de segregación social. Pero envuelto en condiciones

coloniales, su lazo vinculante más significativo había sido nacional: británico, o más adecuadamente, invocando el país ideal que insufla la vida en la maquinaria funcional británica, «inglés». Esa sola palabra lo diría todo. Sin embargo, el corolario fue que, una vez que la relación de clase colonial se rechazó en tanto que injusta, la identificación se volvía incoherente. La inglesidad se reducía a un significante sin referente. Tras presentar su dimisión mientras estaba de permiso en casa de sus padres, Blair ya no podía ser el inglés que había sido entrenado para ser, pero no sabía ser de otra manera lo que solamente podía ser, es decir, inglés. Esta fue la crisis que tuvo que superar, con resultados que solo aparecieron unos años antes de Wigan. «Un vagabundo es solo un inglés sin empleo», declaró en *Down and Out in Paris and London*, señalando que el privilegio de la normatividad se había extendido, si bien no se había transferido totalmente, a las clases populares. Con ese desplazamiento, que se confirmaría en los años siguientes, la identificación nacional recuperaba su vieja plenitud de implicación social: la inglesidad se reconfirmaba como la prueba de la virtud pública.

Esta condensación de valores era la utopía personal de Orwell, que defendía con una tozudez apasionada en la que nunca reconoció el fanatismo que tan rápidamente denunciaba en sus compañeros socialistas. Su inglesidad hiperbólica inspiró sus excursiones característicamente malencaminadas, simplistas, en busca de un lenguaje «llano», le permitió un apego acrítico al buen sentido de una nación y un antiintelectualismo fóbico a juego. Fue también el pequeño milagro que fundó su culto póstumo, una comunidad de fieles que abarca cualquier intensidad de adhesión, desde el ardor misionero a los modales convencionales, y un espectro de fidelidad política que se extendía desde la derecha hasta la extrema izquierda. Colls concluye su libro con un breve repaso de esta religión, ensayando la letanía de los atributos de Orwell y de la variedad de sus encarnaciones: una sociedad, una fundación, un fondo y un premio en su memoria..., un tesoro nacional y (casi) una estatua. El tono es irónico, casi juguetón, de esa manera que los lectores han aprendido ya a esperar después de más de trescientas páginas, con un toque de nostalgia por Inglaterra y por una socialdemocracia ya difunta. Pero ironía es todo lo que hay y los recuerdos son de otros (Colls nació en 1949). Es Orwell para posmodernos, un modo particular de adhesión al culto.

El Laborismo Profundo, como se le podría bautizar, ha quedado impreso en la imaginación de Colls como una fase en la historia política de la clase obrera y, más fundamentalmente, como la encarnación, en instituciones y en estrategias, de una duradera disposición hacia lo concreto, lo familiar, lo demostrado y lo compartido y una desconfianza paralela hacia la abstracción y los sistemas. Esa formación histórica, basada en la clase obrera industrial del norte en la que nació, es cosa del pasado, aunque no el compromiso con el «conocimiento local, el *habitus*» que, fiel a su forma retórica,

él probablemente declinaría llamarlo «el genio inglés». Pero ¿qué vectores estarían a su disposición para una política del futuro anterior? Las señales son ambiguas o peor. Aunque las reflexiones de Colls han comenzado en el terreno de la izquierda (no marxista), no queda en absoluto claro que alcancen sus conclusiones en ese mismo rincón político. Su breve recorrido por los sucesores de Orwell se cierra en un cuadro con dos figuras. Una es Christopher Hitchens, que juega el papel de un «segundo Orwell» más de lo que él habría previsto, terminando sus días alejado de la izquierda. El otro, «hoy el mayor exponente de la mejor escritura política de Orwell», es otro *tynesider* de origen obrero, su compañero de clase John Gray. Un filósofo de la derecha, comprometido con las ideas del conocimiento local, un crítico liberal de la ilustración liberal, un canario en la jaula de la cultura política británica, que abandonó el laborismo por los conservadores en la década de 1970 y después regresó en la década de 1990, Gray es quien Colls se «resiste» a nombrar como «el Orwell de nuestros tiempos», otro avatar de aquello que cambia pero permanece igual.